

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Juventudes y Territorialidad en un Barrio Popular de la Zona Cafetera Colombiana en Tiempos Neoliberales.

Maicol Ruiz.

Cita:

Maicol Ruiz (2015). *Juventudes y Territorialidad en un Barrio Popular de la Zona Cafetera Colombiana en Tiempos Neoliberales. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/163>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Juventudes y Territorialidad en un Barrio Popular de la Zona Cafetera Colombiana en Tiempos Neoliberales

Por Maicol Mauricio Ruiz Morales¹

A la Memoria de Helmer Mejía

RESUMEN: Desde los años ochenta el neoliberalismo está transformando de manera variada los modelos de vinculación social y política en América Latina desde una perspectiva productivista y financiarizadora que está marginado a un importante conjunto de actores sociales para profundizar la concentración de capital. Las transformaciones en marcha han conducido al desborde de los mecanismos sociales de resistencia revolucionaria, gestión de lo social y contención de la violencia, lo cual ha hecho posible que emerjan nuevos escenarios para asumirse joven desde la marginalidad: las Maras, pandillas, parches y otras formas de agrupamiento de carácter delictivo de un lado y de otro, las organizaciones juveniles barriales que intentan desde lo estético producir versiones de lo público a escala microsocial que buscan re-politizar la vida barrial.

La lucha desigual entre estas dos formas de socialización juvenil están configurando cotidianamente las territorialidades barriales en algunos lugares de América Latina. En la presente ponencia analizaremos el caso de un barrio popular llamado “La Libertad” ubicado en el municipio de Pereira, en el centro-occidente de Colombia².

PALABRAS CLAVE: Jóvenes, barrio, territorialización, grupos juveniles, organizaciones juveniles de carácter delincuencial.

1. Neoliberalización y Juventudes en América Latina

Desde los ochentas las sociedades Latinoamericanas han estado sometidas a una serie de ajustes económicos que, inspirados en el principio individualista de valorización neoliberal, han formalizado los derechos de los ciudadanos debilitando el acceso público a bienes y servicios básicos como la salud, la educación o la seguridad social. Este proceso ha empujado a grandes masas de población a participar de manera asimétrica en mercados pretendidamente autorregulados donde deben competir para satisfacer sus necesidades y sobrevivir.

¹ Profesor Asistente en la Universidad Tecnológica de Pereira (Colombia), Licenciado en Etnoeducación y Desarrollo Comunitario, Magíster en Educación y Desarrollo Humano, estudiante Doctorado en Ciencias Sociales Universidad Nacional de General Sarmiento- Instituto de Desarrollo Económico y Social (Argentina) E-mail: Vientocosmico3@gmail.com

² Los datos registrados en la presente ponencia proviene de la investigación de maestría titulada “Identidad y Territorio en el barrio “La libertad” realizada en dicho barrio en el año 2.000 y actualizados en el año 2.013.

Una de las principales consecuencias de este proceso ha sido la profundización de la desigualdad y la exclusión en estas sociedades y una reinstitucionalización de la misma.

En este contexto el mercado ha encontrado en los medios un gran aliado para interpelar a los jóvenes y niños en su calidad de consumidores. Estos se encargan de transmitir ideas y visiones de mundo, de infancia, adolescencia, juventud y de las relaciones entre el mundo adulto y el mundo infantil, acordes con las nuevas lógicas de dominación capitalista a través de las mercancías que pone en circulación (Minzi 2003). De esta manera los niños y jóvenes latinoamericanos experimentan un fuerte proceso de revalorización de los signos de distinción en sus contextos locales (Dente 2013:32) que re-parametrizan las labores, los trabajos y las acciones que se deben emprender y los objetos que se deben consumir.

Sin embargo, los jóvenes que son interpelados difieren por su parte en sus condiciones concretas de existencia en sociedades desiguales, lo cual hace que los límites entre la dependencia infantil y la autonomía adulta que demarcan esta fase de la vida resulten ser entonces sumamente movedizos en relación con el estrato social de pertenencia, el género, la etnia o la cultura³.

Para sobrevivir y hacerse un lugar en la sociedad en estas circunstancias, los jóvenes de las clases populares en particular se ven forzados tempranamente a desarrollar hábitos individualistas de “rebusque”, una versión contemporánea de los hábitos que antaño desarrollaron los pueblos de cazadores-recolectores. A diferencia de sus ancestros cazadores que enfrentaban las adversidades de la naturaleza, los jóvenes contemporáneos enfrentan una escasez de satisfactores socialmente inducida que limita sus posibilidades para la preservación de su ser y el despliegue de sus potenciales de acción. Acosados por esta escasez y estimulados por los medios, se disponen a hacer lo que esté a su alcance para poner en sus propios términos la realidad que experimentan, de manera que puedan interpretarla desde algún referente, soportarla y arreglárselas con ella (Zelmanovich 2012).

En paralelo, las transformaciones en marcha han conducido al desborde de los mecanismos sociales de resistencia revolucionaria, gestión de lo social y contención de la violencia, lo cual ha hecho posible que emerjan nuevos escenarios para asumirse joven desde la marginalidad: las Maras, pandillas, parches y otras formas de agrupamiento de carácter delictivo de un lado y de otro, las organizaciones juveniles barriales que intentan desde lo

³ Los datos de la CEPAL revelan como los jóvenes latinoamericanos están segmentados de acuerdo al tamaño y composición de sus hogares, la dotación de capital humano, la participación en el mercado laboral y el acceso a la vivienda y los servicios básicos

estético producir versiones de lo público a escala microsocia que buscan re-politizar la vida barrial.

La lucha desigual entre estas dos formas de socialización juvenil está configurando cotidianamente las territorialidades barriales en algunos lugares de América Latina. A continuación nos detendremos a analizar cómo se vive este proceso en un barrio popular de la zona andina colombiana.

2. El Barrio “la Libertad”: Un Territorio en Disputa

El barrio “La Libertad” se encuentra ubicado al occidente de Pereira, ciudad colombiana. Este barrio posee una distribución espacial estructurada a partir de cinco segmentos territoriales. En cada uno de ellos se localizan diversos lugares socialmente relevantes para sus habitantes (casas de puertas abiertas, centros lúdicos, políticos, culturales, religiosos, de socialización, lugares de miedo y de confianza) que le diferencian de otros barrios vecinos.

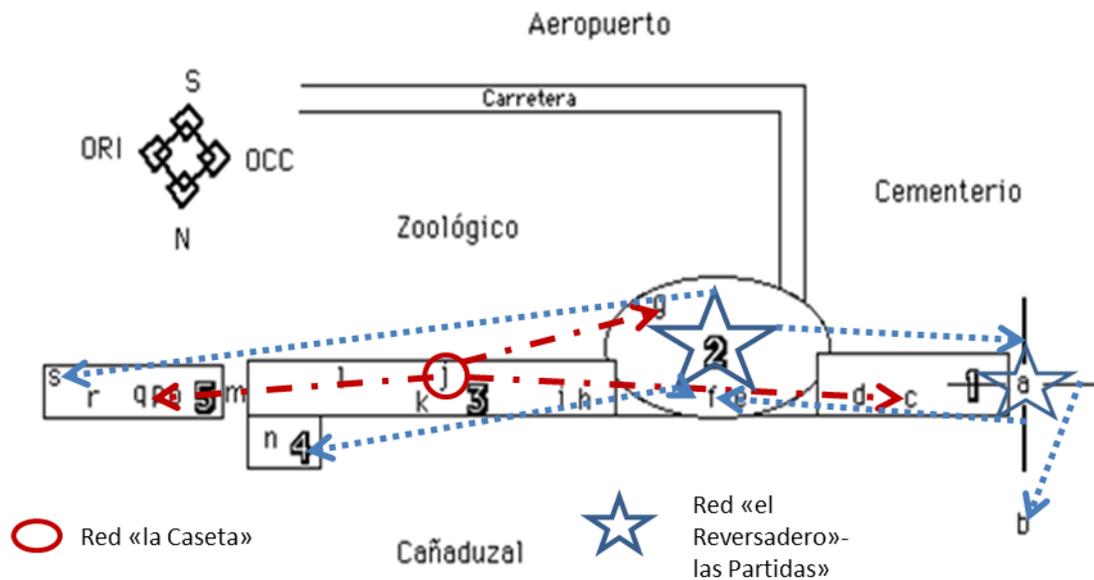
El barrio ha estado expuesto al contacto con situaciones de violencia que trascienden sus fronteras, es así como por sus calles han transitado en diferentes momentos “bandoleros” de los años sesenta, bandas del narcotráfico de Medellín buscando refugio en los noventa, guerrilleros intentando formar milicias populares, sicarios, delincuentes de otros sectores y, más recientemente, paramilitares “desmovilizados” que buscan monopolizar las actividades criminales en toda la ciudad.

Estas presencias han logrado involucrar a diferentes generaciones de jóvenes en sus asuntos, al punto de que han logrado desbordar la capacidad de agencia de los líderes y organizaciones comunitarias, exponiéndoles incluso a la muerte, como le ocurrió a Helmer Mejía uno de sus dirigentes más notables hace un par de años por negarse a transformar su tienda en expendio de drogas.

El deterioro general de las condiciones de vida en el barrio se evidencia de manera palpable en las nuevas generaciones, las cuales ante el debilitamiento de los vínculos sociales en su comunidad, se ven exigidas desde la infancia a desarrollar autonomías precoces que les desafían de la familia o la escuela, y les obligan a resolver individualmente su propia biografía.

Cada uno de los segmentos territoriales en los que se divide el barrio “la Libertad” tiene vida propia y establece relaciones particulares con los sectores aledaños. Estos segmentos han sido producidos a partir de las tensiones generadas por dos importantes centros territoriales en la comunidad: “La Caseta” Comunal y el eje “El Reversadero” “Las Partidas”. Desde estos centros, diferentes grupos de jóvenes compiten entre sí por territorializar el barrio desde dos

lógicas distintas. Esto ha propiciado que se tejan dos redes de relaciones barriales que se superponen entre sí y que generan campos semánticos a partir de los cuales en la actualidad se configura el barrio “La Libertad”, que se expone a continuación de manera gráfica y posteriormente se desarrollará de manera escrita



Gráfica 1: Distribución Espacial del Barrio “La Libertad”

Segmento Territorial 1. “Las Partidas” - “El Reversadero”: a) “Las Partidas”, b) “El Trapiche”, c) “Casa de la Cucha”, d) “Casa de Gentil Sánchez”.

Segmento Territorial 2. “El Reversadero”: e) Casa de Doña Helena, f) Tienda “la Fania”, g) “La Escuela

Segmento Territorial 3. “El Reversadero” - “El Callejón”: h) Iglesia, i) Tienda de Arley, j) “La Caseta” (comunal), k) “Casa de doña Marina”, l) Tienda “el Despiste”.

Segmento Territorial 4. “La Bis”: m) “El Callejón”, n) “Casa del Morocho”

Segmento Territorial 5. “El Callejón” - “El Dragón”: o) Iglesia, p) “Casa de doña Alicia”, q) “Casa de doña Belarmina”, r) “El Cafetal”, s) “El Dragón”

2.1 Habitar el barrio para constituir un mundo en común

La red territorial articulada por “La Caseta”, Es la red a partir de la cual históricamente se ha territorializado el barrio, asegurando su independencia administrativa y su diferenciación sociocultural con respecto a los barrios vecinos.

Dicha red enlaza los dos lugares institucionales más significativos del barrio (“La Escuela” y la “caseta comunal”) con dos tiendas y las llamadas “Casas de Puertas Abiertas”, viviendas de diferentes personajes, por lo general mujeres, que abren sus puertas durante todo el día al vecindario. Estas casas son lugares de tertulia, auxilio y encuentro para todos, así como una fuente de prestigio y reconocimiento social para sus propietarios; las hay para acoger ancianos, niños, jóvenes y mujeres, a ellas se les suman dos tiendas y un par de iglesias. La

periferia de esta estructura territorial coincide con las fronteras del barrio en los lugares conocidos como “El Dragón” y “Las Partidas”. Lugares que están bajo el control de bandas, combos y parches.

La red de relaciones territoriales que agencia “la Caseta” instituye territorialmente una manera de vivir juntos en la que la participación, el cuidado y el respeto y respetar permitirían mejorar las condiciones materiales y simbólicas de la comunidad. Esta forma de vida es denominada por sus habitantes como “convivencia activa”.

No obstante el gran desafío que enfrenta esta comunidad para realizar su ideal de convivencia ha sido desprenderse de las prácticas ilegales que forman una parte necesaria de sus estrategias de supervivencia en un barrio marginal. Estas prácticas, sin embargo están sedimentadas en la población tras generaciones de exclusión social y poseen un profundo arraigo en la cotidianidad.

“La Caseta” encarna para muchos de sus habitantes las búsquedas de la comunidad: seguridad, reconocimiento, respeto, trascendencia, información, participación, progreso e incluso disfrute, por ello se erige como un centro tradicional ordenador del territorio desde lo político, lo cultural e incluso lo religioso.

En ella se toman las decisiones oficiales que afectan a toda la comunidad y se reconoce oficialmente a los pobladores como miembros de la misma, es también un espacio de encuentro intergeneracional fundado en el reconocimiento de la autoridad de los adultos sobre los jóvenes y los niños.

En “La Caseta” se representa estéticamente la vida del barrio a través de murales y maquetas, pero también se le representa políticamente a través de sus organizaciones. Por esta razón podemos decir que ella es el escenario en el que lo público se revela en su triple dimensión de lo común, lo visible y lo incluyente, el lugar desde el que se puede ser visto y oído por los demás, donde se construye legítimamente el interés y la utilidad común.

El gran dinamizador de esa red es el grupo juvenil “Nueva Generación”, el cual ha logrado tejer una fina red de solidaridades entre los habitantes para generar un ambiente protector, que le ofrezca a niños y jóvenes alternativas de vida no asociadas con la ilegalidad.

Este grupo ha buscado la renovación de las formas de participación comunitaria a través de intervenciones culturales como las barriocomparsas, las exposiciones de arte-barrio y proyectos orientados al autodescubrimiento lúdico de la memoria de luchas y resistencias que han permitido la consolidación barrial. Estos esfuerzos se aúnan con otros proyectos de carácter ambiental como los de estabilización de taludes, la horticultura urbana y con las tradicionales gestiones comunitarias para la adquisición de subsidios estatales.

Si bien las actividades de esta organización han tenido un impacto limitado en el barrio, han constituido esfuerzos renovadores de los modos de producción, reproducción y circulación de sentidos y significados de lo comunitario en relación con lo cívico, que encuentran en el discurso de la “convivencia activa” una estrategia igualarse a los demás habitantes de Pereira en tanto ciudadanos, superando los estigmas que pesan sobre ellos.

Desde la perspectiva de los pobladores que legitiman esta manera de territorializar el barrio, “La Libertad” sería en sí mismo un lugar límite para cada uno de los términos de una contradicción: tomar distancia de los barrios vecinos y transformarse en el ideal cívico que Pereira representa para ellos, lo cual les permitiría escapar a la ghetificación progresiva a la que son sometidos los barrios de la comuna por la sociedad dominante. Un ideal que se soporta en el reconocimiento de la existencia de lo público como la principal fuente de identidad. Esta formulación podría plantearse de la siguiente manera:



A partir de esta pauta el grupo juvenil “Nueva Generación” y las demás organizaciones de la comunidad se ingenian las soluciones posibles a los problemas barriales que revisten un significado político. La principal de ellas es promover la transformación del morador barrial en habitante, es decir, en actor social que contribuye al mantenimiento y desarrollo de la propuesta de convivencia activa.

Para lograr esta transformación se han establecido a lo largo del tiempo, procedimientos que permiten el tránsito de una condición a otra: Los moradores del barrio inician su existencia barrial en la casa y de allí pasan a la “cuadra”, donde son cuidados por los vecinos; durante este periodo, son espectadores de las diferentes actividades promovidas desde “La Caseta” o “La Escuela” para todo el vecindario (comparsas, convites, presentaciones, celebraciones, ritos religiosos, talleres, reuniones, tertulias etc).

Posteriormente son invitados a tomar parte en ellas. Este proceso inicia al morador en una fase de separación de la “cuadra” a través de la cual empieza a establecer nuevas relaciones simbólicas con vecinos de los demás segmentos territoriales y con el territorio mismo a través de las organizaciones comunitarias existentes. A través de ellas los vecinos se van

reconociendo como parte de un ámbito común, con historias, problemas y símbolos que les vinculan y les compele a asumir algún tipo de compromiso con las actividades que se realizan. De esta manera obtienen el derecho a representar el barrio ante la ciudad en encuentros, talleres, paseos y oficinas, lo que les permite ampliar su horizonte y establecer relaciones que le permitirán acceder a muchos de los beneficios y las ventajas que ese mundo exterior ofrece y que puede utilizar para su bienestar personal y/o el de la comunidad.

Lo que ocurre a través de este proceso no implica solo un desplazamiento espacial de los moradores sino también un desplazamiento moral que le permita convertirse en habitante - aquel que se implica con el territorio en el que vive y le da un significado personal-. Esta transformación se realiza a partir de la mediación de la comunidad organizada que le permite actuar en concierto, deliberar, reivindicar derechos y estructurar formas autónomas de vida colectiva.

Tomar distancia del morador, implica tomar distancia de las pretensiones particulares y corporativas de quienes no ven en el barrio un ámbito común sino un lugar de mera satisfacción privada de necesidades. Esta postura separa a los pobladores tanto de los medios de producción y sus productos en el ámbito barrial, como de los demás y de sí mismo, con la consecuente pérdida de sentido común y obstrucción para el entendimiento y la interacción con los vecinos.

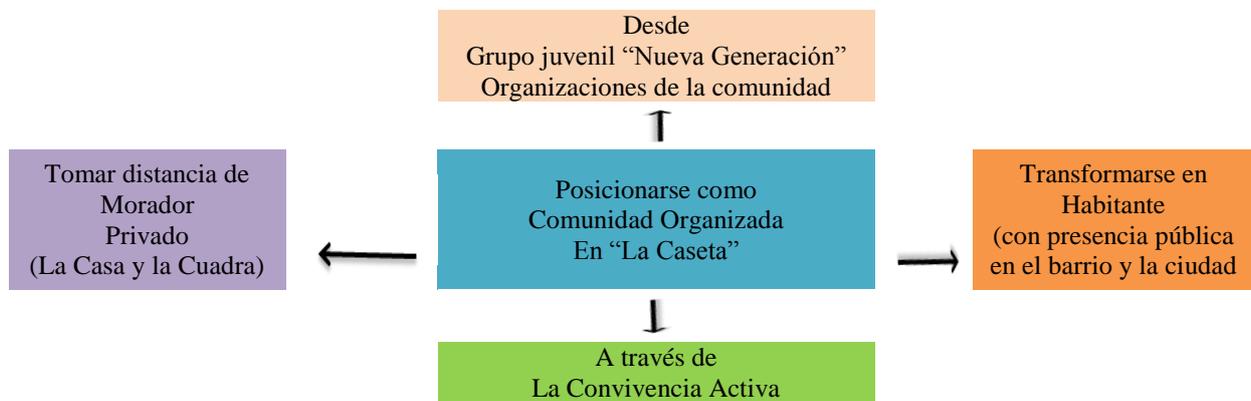
Posicionarse como comunidad organizada significa asumir de manera activa la existencia en un contexto de producción de palabra propia en tanto acción discursiva reflexiva productora de sentido, que hace posible salir del devenir propio del morador, interrumpir el flujo de la acción y retornar a ella proyectado al futuro, reteniendo lo que le ha acontecido.

Posicionarse como comunidad diferenciada implica también aventurarse en acciones que si bien tienen un comienzo definido en tanto se inician insertas en una red de relaciones y referencias existentes, tienen un fin impredecible, ya que el encadenamiento de acciones que ponen en movimiento y relación desbordan los alcances que las personas pueden prever, haciéndose sólo comprensibles después de consumados y completamente irreversibles.

Reconocer en la comunidad barrial la expresión del interés colectivo y a la vez el vehículo para alcanzar el bien común, permite reivindicar la diferencia que representa “La Libertad” con respecto a sus barrios vecinos como una cualidad: la de poseer un mundo en común que les inspira la confianza suficiente para atreverse a actuar con otros.

A Partir de lo anterior podemos decir que través de este proceso los componentes del diagrama territorial del barrio en relación con su entorno son sustituidos simbólicamente: el barrio “La Libertad” por el centro territorial que le representa, “La Caseta”, los barrios

vecinos de los que se quiere tomar distancia son sustituidos por el morador que se limita a vivir el barrio desde su casa y su cuadra, y en el lugar de Pereira aparece el habitante, vinculado al barrio y la ciudad. De la misma forma lo comunitario cobra cuerpo en el grupo juvenil y demás organizaciones comunitarias como se ilustra a continuación:



2.2 Asumir el Estigma para Dominar el Territorio

El eje “el Reversadero”-“Las Partidas” constituye el segundo gran centro ordenador del territorio barrial. En torno a él se teje una red de relaciones territoriales, que agencia una propuesta de poblamiento barrial fundada en el juego constante con la ilegalidad. En esta estructura “El Reversadero” se relaciona íntimamente con “Las Partidas”, una encrucijada fronteriza con el barrio “Matecaña”, que sirve de sitio de reunión del “Parche de los más Probones”, su santuario protector y de disfrute, al igual que un centro de iniciación para los novatos.

Esta red encuentra su frontera con los ordenamientos de los barrios vecinos en el “Dragón”, donde rivaliza con un grupo de competidores procedentes de “Nacaderos” por el control del expendio de drogas. Relativamente al margen de esta red quedan lugares como “La Caseta”, “La Escuela”, y en general el segmento territorial 3.

En esta estructura territorial Pereira es el espacio en el que se puede acceder a los bienes de consumo más preciados y encontrar el trabajo necesario para garantizar el sostenimiento de la vida. Sin embargo, es también un mundo que progresivamente se hace cada vez más excluyente de los pobladores barriales, especialmente para los jóvenes, a los cuales estigmatiza como portadores de maldad. Un lugar paradójico que a la vez se desea alcanzar y se teme.

“El Reversadero” es una gran glorieta en cuyo interior queda un parque. est opera como un lugar opera como un gran imán al ofrecerse como el mayor satisfactor de deseos privados que

pueda existir en el barrio para los niños y los jóvenes: diversión, amor, aventura, placer o la esperanza de superar las soledades parecen estar allí al alcance de sus manos.

Acceder a él es integrarse en la lógica que supone participar del dominio de los mejores lugares recreativos en el barrio y sus alrededores, superar la tutela familiar, ganar reconocimiento en el espacio de los pares y poseer un territorio propio desde el cual confrontar a los grupos de otros barrios. Pero también implica la posibilidad de insertarse en redes de socialización alternativas a las tradicionales, que prometen la satisfacción de deseos que trascienden el barrio y vinculan con el mundo exterior de una manera vertiginosa.

Esta particularidad hace que “El Reversadero” se constituya en lo que Caillois (1997, 35) denomina un lugar de juego, *“un lugar a partir del cual se proponen y propagan estructuras abstractas e imágenes de ambientes cerrados y protegidos, en que pueden ejercitarse competencias ideales”*, centro de atracción para jóvenes de todos los rincones de “La Libertad” y de barrios vecinos.

El “Reversadero” ha sido testigo de las luchas barriales y comunales por el control del territorio. En una de ellas la comunidad perdió su control a manos de la banda local denominada “El Parche de los Probones”, más conocida como “el Parche”. En este proceso la placa conmemorativa de la gesta cívica que logró el adoquinamiento del barrio fue robada, los adultos fueron progresivamente marginados.

Una vez conquistado “El Reversadero”, este empezó a interactuar con “las Partidas” de manera semejante a lo que los astrónomos llaman un sistema estelar binario de contacto, en el que el primero hace las veces de gigante roja que proyecta su atmósfera al segundo (que hace las veces de enana blanca), haciéndole brillar como una nova. Metáfora que expresa el proceso a través del cual los chicos más habilidosos y decididos son seleccionados y reclutados en “el Reversadero”, vinculados al “Parche” y luego proyectados a través de sus acciones delincuenciales a todo el barrio. Este sistema se articula en el interior del barrio con lugares como “el Trapiche”, “el Dragón”, “El Callejón” y “la Fania”. Hacia el exterior las articulaciones se extienden desde los barrios vecinos hasta otros pueblos y ciudades, especialmente hacia Medellín.

Desde entonces “El Reversadero” se convirtió en un lugar donde se tensiona el espacio público, al ser puestos en tela de juicio sus presupuestos de comunidad, visibilidad e inclusión. Un lugar en el que la disolución de los límites y las reglas comunitarias coexiste con la dominación de los pobladores adultos a través de la intimidación y el reclutamiento de jóvenes para las organizaciones delincuenciales a través de actividades lúdicas.

Para lograr esto último, los jóvenes pertenecientes al “Parche” intervienen y controlan los precarios espacios de juego a través de los cuales los niños y demás jóvenes descubren el mundo y se apropian de reglas y órdenes de representación para vivirlo. De esta forma los juegos infantiles que tienen lugar en el barrio van cargándose de a poco de bromas crueles que banalizan su carácter crecientemente disruptor.

Al considerar que las propuestas comunitarias promovidas desde “la Caseta” no representan para los jóvenes un acceso efectivo a los bienes y objetos que anhelan, los jóvenes del “Parche” toman distancia de ellas, asumen como propio el estigma de maldad que pesa sobre ellos, y desde la marginalidad empiezan a jugar con las normas establecidas a fin de construir una identidad propia que se parezca a la Pereira que perciben, una identidad a la vez deseable de alcanzar y temible de padecer. Esta pauta puede visualizarse de la siguiente manera:



Al asumir su posicionamiento barrial desde la marginalidad estigmatizada que se comparte con los barrios vecinos los jóvenes reconocen su calidad de subordinados y buscan modelarse a sí mismos en el juego cotidiano con la ilegalidad como un nuevo tipo de poblador que asume el ámbito de lo privado como escenario de realización de sus necesidades. Un poblador que se transforme de niño curioso a joven con capacidad de “rebuscar” por todos los medios su preservación cotidiana.

Para lograr esta transformación la segunda generación de pobladores del barrio ha establecido una serie de prácticas de socialización delincencial que tiene diversos espacios ceremoniales tanto en el barrio como en sus alrededores. Este proceso se inicia en su “cuadra”, lugar donde los niños se encuentran con los jóvenes y asumen a los más populares como sus “héroes”. En el afán de los primeros por imitar el valor, arrojo y espíritu de aventura de los segundos, se empiezan a internar en pequeños grupos de pares por los patios de sus casas hacia el “Cañaduzal”, el “Trapiche” o el Zoológico. En estos lugares los niños practican en solitario juegos simbólicos, a través de los cuales aprenden a disociar los significados de los significantes aprendidos en casa a través de sucesivas aproximaciones a la comprensión del mundo social. Los niños juegan a representar personajes y aventuras, lo que les permite

iniciar un proceso educativo acelerado de reconocimiento del barrio y sus alrededores a través del cual acumulan experiencias, adquieren prestigio personal y ganan confianza en sí mismos. Los niños, ya convertidos en adolescentes, empiezan a alejarse de sus “cuadras”, para ser reconocidos en los demás segmentos territoriales, y se congregan especialmente en torno al “Reversadero”, donde constituyen combos con chicos para continuar desarrollando juegos de reglas cada vez más sofisticados.

En esta fase se conocen las armas y las drogas, se aprende a pelear, a engañar, a aprovechar los “papayazos”⁴ y a no “dar papaya”⁵, se refuerzan los lazos entre pares y se refinan las “cagadas de barrio”⁶. De esta manera lúdica se van banalizando comportamientos considerados como negativos para la comunidad, perdiéndose la capacidad de autorreflexión moral sobre los propios actos.

Los jóvenes que más se han destacado por su desempeño en “El Reversadero”, acceden al “Parche” de “las Partidas”, lugar ceremonial donde son iniciados plenamente en el mundo de los juegos de vértigo, allí las “cagadas de barrio” se transforman en actos delincuenciales de mayor impacto, el consumo de drogas en adicción y el grupo informal de pares en organización ilegal. Llegar a este lugar concreta la posibilidad de acceder al disfrute de los placeres que ofrece ese otro mundo que representa Pereira, alienándose a través del consumo con respecto a su realidad e igualándose con el resto de pereiranos en tanto consumidores.

Los costos a pagar a mediano y largo plazo por este acceso (cárcel, tortura, muerte o discriminación), hace más emocionante participar del “Parche” ya que a través de las prácticas delincuenciales en las que se involucran ponen en juego precisamente la capacidad de no sucumbir ante un peligro, al que voluntariamente se exponen con la secreta convicción de que para ellos “*no hay futuro*”⁷, como lo enuncia el título de una película colombiana de culto en el barrio.

En promedio la participación de los chicos en estos grupos no dura más allá de cinco años, al final de los cuales sus participantes han sido asesinados, han emigrado hacia otras localidades o están presos.

Quienes logran sobrevivir a esta fase y continúan viviendo en el barrio se agregan a él como “los muchachos del barrio”, ellos contribuirán a consolidar la identidad juvenil adquirida, como paradigma de vida barrial, legitimando el uso de los saberes y habilidades aprendidos

⁴ Oportunidades en las que una víctima potencial baja la guardia y se hace vulnerable

⁵ Hacerse vulnerable ante un victimario potencial

⁶ Travesuras a través de las cuales se trasgreden las normas de comportamiento socialmente aceptable, asumiendo el riesgo de una sanción, para demostrar la capacidad individual de escapar de situaciones comprometedoras

⁷ La Película es “Rodrigo D No Futuro” del director colombiano Víctor Gaviria

como medios válidos para “rebuscarse” diariamente un lugar en el barrio, la comuna y la ciudad, preservando y protegiendo una vida precaria cuyo padecimiento ha sido naturalizado. A través del proceso que describimos anteriormente, podemos darnos cuenta cómo los componentes del diagrama territorial del barrio en relación con su entorno también son sustituidos simbólicamente: el barrio “La Libertad” es encarnado por el centro territorial que le representa, en este caso “El Reversadero” y el lugar de los barrios vecinos es ocupado en primera instancia por el “Cañaduzal”, en segunda por el “Trapiche” y en tercera por el Zoológico, y en el lugar de Pereira aparece en primera instancia “Las Partidas”, en segunda el barrio y en tercera la ciudad.

Al Igual que en el caso anterior, encontramos que los tránsitos socializadores que realizan los niños hacia su juventud implica un cambio en su condición social que es expresada en términos territoriales. El cambio verificado supone el paso de la condición de niño - persona vulnerable, dependiente e inexperta- a la condición de miembro de una organización ilegal de carácter privado –una persona habilidosa, independiente, experimentada y autosuficiente- capaz de jugarse la vida en aventuras arriesgadas para satisfacer sus necesidades y deseos.

Este proceso es posible gracias al posicionamiento del grupo informal de pares, a través del juego como eje ordenador de las interacciones sociales de los jóvenes en el territorio, a partir de lo cual se sustituye la centralidad de lo público por la marginalidad de lo privado como referentes de construcción social. Como se ilustra a continuación:



Mientras que desde “La Caseta” se pretende suponer que es posible ignorar los estigmas y lanzarse sin más a alcanzar el sueño del civismo, desde el “Reversadero-Las Partidas” se propone una estrategia de asumir la marginalidad para dominar un territorio, y le apuesta a la construcción de lo común de una manera restringida, entendiendo la diferencia como factor de segregación espacial, desde la cual es posible construir una identidad bifronte, a la vez deseables y temibles.

Mirada desde su rostro deseable, esta identidad aboga por una comunidad en la que no basta ser habitante en abstracto, sino que se debe ser actor social con una identidad específica, propósitos inmediatos, contactos adecuados y la capacidad de intimidación y disuasión suficiente para dominar, controlar y usufructuar los bienes públicos y privados a los que no se es posible acceder desde la marginalidad. Mirada desde su rostro temible, esta identidad excluye de la vida barrial a todo aquel que se le oponga, a fin de mantener el dominio sobre el territorio.

En consecuencia, desde esta propuesta territorial, asumirse como niño desafiado de los procesos de socialización tradicional es reconocerse desde una posición exterior al barrio, desde un lugar en el que no se es visible para la autoridad de los adultos y se es aceptado o tolerado secretamente en el territorio de otros. También es asumirse desde una frontera de posibilidad, encarar individualmente las limitaciones y arriesgarse a superarlas en la interacción lúdica con otros, atreverse a ser/estar-en-un mundo marginal que apenas se percibe como adverso.

A manera de conclusión

Naturalizar sus condiciones de subordinación marginal es una manera a través de la cual los jóvenes responden a las condiciones de adversidad en las que viven, amputando su percepción de las mismas y ateniéndose de manera defensiva a las consecuencias de esa adversidad, una manera de asumir en su ser/estar en el mundo, la preminencia del modo de ser/estar-para-la-muerte (Heidegger. 2002) por encima del ser/estar-en-el-mundo cómo posibilidad (Arendt.1995), situación que les discapacita para crear y recrear la realidad con otros.

En estas circunstancias los grupos de pares se erigen como referentes de presente en un mundo que perciben sin futuro, de ahí que los vínculos urdidos a través de ellos resulten para sus miembros altamente significativos.

Algunos de estos grupos son una puerta de entrada a grupos delincuenciales que de manera privada y corporativa les permiten a los jóvenes desaparecer como singularidad detrás de un estigma social. En este proceso el juego les permite diluir los tabúes asociados a estos estigmas y les dispone para que acepten el dominio de otros que, a través de la ficción, la diversión, la separación, la incertidumbre y la autorregulación les disponen en función de ser/estar-para-la-muerte.

Estas organizaciones les presentan a los jóvenes la transgresión social como una vía pragmática para emanciparse individualmente de la condición de exclusión a la que han sido arrojados en el juego de las relaciones sociales, y conseguir los medios para reivindicar su

condición de consumidores sin cuestionarse las razones de la desigualdad que viven como destino trágico.

En este sentido estos grupos abren posibilidades de territorialización barrial en las que lo privado retoma valor lo que implica la pérdida de pluralidad en los espacios comunes existentes.

Es por esto que en los barrios re-territorializados por estas organizaciones se quiebra el nexo con el otro como vecino o conciudadano y se reemplaza la historia compartida por una trama de miedos y complicidades que articulan lo local con redes globalizadas de tráfico diversos, las cuales subsumen las dinámicas de producción de la marginalidad al capital de una manera difusa pero altamente efectiva.

De ahí que muchos barrios populares se transformen a pesar de la resistencia de sus habitantes en un lugares de acumulación de poder y portales delincuenciales para conectarse con el mundo globalizado.

No obstante todo lo anterior, es posible encontrar en estas comunidades organizaciones juveniles que a la vez que resisten a las dinámicas delincuenciales también se distancian de las formas convencionales en que las instituciones y las organizaciones comunitarias implican a los jóvenes en la esfera pública. Estas organizaciones le apuestan a reconstituir las relaciones entre vecinos en torno a objetos vinculares como la memoria, el juego, el arte y el habitat, a fin de producir nuevos modos de construir y agenciar la vida en común. Estas organizaciones ofrecen alternativas para re-politizar las relaciones barriales, ampliar las posibilidades y potencialidades de las nuevas generaciones a la vez que se constituyen en escenarios para resignificar las maneras delincuenciales de interpretar la satisfacción de necesidades y asumir las obligaciones sociales.

Estas prácticas de acción política tienden a ser altamente estetizadas. Y de manera implícita tienden a recuperar creativamente la calidad de habitante barrial en cuanto ciudadano arraigado a su barrio, no por esencias inmutables, legislaciones delimitadoras de competencias administrativas, vínculos corporativos o mercantiles, sino en la vivencia activa y la participación directa en la construcción del mismo como territorio. Esta es entre otras una de las razones por las cuales las organizaciones delincuenciales buscan cooptarlas cuando no eliminarlas.

Bibliografía

- Arendt, Hannah. (1995). *De la historia a la Acción*. España: ice/uab/Paidós.
- Caillois, Roger. *Los Juegos y los Hombres*: Fondo de Cultura Económica, Santa Fe de Bogotá, 1997
- Dente Liliana y Brener Gabriel. (2013) *Hacia la producción de culturas docentes sensibles a las culturas infantiles y juveniles*. Diploma Superior en Curriculum y Prácticas Escolares en Contexto-Cohorte 24 Clase 5. FLACSO: Buenos Aires.
- Heidegger, Martin. (2002) *Ser y Tiempo*. Santiago: Universitaria. Trad. J.E. Rivera.
- Minzi, V. (2003). Mercado para la infancia o una infancia para el mercado. En S. Carli (comp.). *Estudios sobre comunicación, educación y Cultura*. La Crujía: Buenos Aires.
- Klein, M.W. (1995), *The American Street Gang. Its Nature, Prevalence and Control*, Nueva York, Oxford University Press.
- Perea, Restrepo. Carlos Mario. (2009) *Pandillas y Sociedad Contemporánea*, en *¿Qué hacer con las pandillas?*, Gino Costa y Carlos Romero Editores, Lima.
- Reguillo Cruz, R. Jóvenes, riesgos y desafiliación es en Latinoamérica. En revista *Propuesta Educativa* (28). FLACSO: Buenos Aires. Recuperado de <http://www.propuestaeducativa.flacso.org.ar/entrevista.php?num=28>
- Ruiz, Maicol (2.000) *Identidad y Territorio en el Barrio "La Libertad"*, Tesis de Maestría en Educación y Desarrollo Humano. CINDE - Universidad de Manizales.
- Savenije, Wim. (2007). *Las Pandillas Transnacionales o "Maras": Violencia Urbana en Centroamérica*. En *Foro Internacional*, Vol. 47, No. 3 (189) (Jul. - Sep., 2007), pp. 637-659, El Colegio De México, Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/27738847>. Acceso 25/05/2013 14:02
- UNICEF, *Hechos sobre Adolescencia y Jóvenes en América Latina y el Caribe*. Disponible en [http://www.unicef.org/lac/Fast_facts_SP\(1\).pdf](http://www.unicef.org/lac/Fast_facts_SP(1).pdf), Acceso 25/05/2013 08:30
- Vommaro, Pablo (2013). *Juventudes y Políticas en América Latina: Configuraciones Generacionales y Producción de lo Público*, en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano* (Segunda época no. 5 sep 2013), Buenos Aires. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20131016111734/Cuaderno-No5-SegEpoca.pdf>. Acceso 25/10/2013 12:01
- Zelmanovich, P. (2002). *Infancia, escuela y subjetividad*. Diplomatura virtual de Curriculum y Prácticas Escolares en Contexto. Clase 9. FLACSO: Buenos Aires.